

El día de la Ascensión del Señor, ordenó el Papa, para solemnizar la paz, una magnífica procesión, en la cual anduvo él mismo á pie; y los himnos compuestos por Leonardo Dati y un hermoso discurso de Domenico de' Domenichi, acabaron de dar esplendor á aquella fiesta (1).

Paulo II se alegró tanto de esta paz, porque volvía á haber entonces grandes esperanzas de que Italia opondría á los turcos una enérgica resistencia. Pero cuanto más se interesaba el Papa por este asunto, en el cual había gastado ya hasta entonces 200.000 ducados (2), tanto más doloroso fué para él ver pronto obscurecerse de nuevo el horizonte político.

El rey Ferrante de Nápoles era principalmente quien impedía que el Papa gozase de tranquilidad. Como Paulo II procurara, en el verano de 1468, adquirir la posesión del importantísimo castillo de Tolfa, que dominaba las minas de alumbre, se lo estorbaron las tropas napolitanas, no sólo prestando apoyo á los Orsini, que tenían bienes en aquella parte, sino amenazando además al propio tiempo á la misma Roma. La consternación del Papa fué en aquel momento tan grande, que llegó á pensar en la huída; y ya se habían escondido en el castillo de Sant-Angelo los objetos de más valor, cuando el ejército napolitano tomó la vuelta de Sora (3). Pío II había obtenido, durante la contienda acerca del trono napolitano, la soberanía sobre este Ducado, y la había conservado aunque Ferrante no dejó medio alguno por tentar para recobrar aquel importante distrito. En el reinado de Paulo II había hecho el rey de Nápoles nuevas tentativas en el mismo sentido; y ahora finalmente, le pareció llegado el momento propicio para ejecutar su designio por la fuerza. El momento estaba en realidad bien elegido. El Papa, que siempre economizó los gastos para fines militares, se hallaba entonces casi enteramente indefenso, y de nada

crito lo utilizó Raynald 1468 n. 25. Cf. también Mittarelli, Access. Faventinae, Ven. 1771, 337, y Libri commem. 163.

(1) Canensius 82. Ammanati, Epist. f. 143 s. 165, 166<sup>b</sup>, 167. Cf. Novaes V, 236. El \*Sermón de Domenichi, que Quirini (227) quería publicar, se conserva en el Cod. A 44, n. 9 de la *Biblioteca Capitular de Padua* y en el Cod. Ottob. 1035, f. 46-53 de la *Biblioteca Vaticana*. Los gastos por la fiesta de la paz celebrada el día de la Ascensión están anotados en el \*Lib. III. Bullet. Pauli II, con fecha de 22 de Mayo de 1468. *Archivo público de Roma*.

(2) Cf. el \*Breve á Florencia de 16 de Mayo de 1468. *Archivo público de Florencia*; v. apéndice n.º 88.

(3) Canensius 84. Cf. Reumont, Diplomazia 371.

le aprovechó echar en cara al malicioso Rey su ingratitud contra la Santa Sede, á quien debía la corona: en las presentes circunstancias hubo de contentarse con que el cardenal Roverella alcanzara de Ferrante, que se abstuviese de ulteriores usurpaciones. Cuán poca confianza tuviera Paulo II en su vecino, lo muestra el hecho de haber ordenado, en Octubre de 1468, que se guarnecieran con tropas nuevamente reclutadas las fronteras del Estado pontificio por la parte que confinaba con Nápoles (1). Pero á pesar de todos los esfuerzos, no se pudo obtener la posesión de Tolfa, acerca de lo cual se celebró luego un convenio. En Junio de 1469, la Cámara Apostólica adquirió aquella importante plaza, mediante el pago de 17.300 ducados de oro (2).

Ferrante de Nápoles era también quien principalmente estorbaba al Papa tomar posesión del señorío de los Malatesta. En Octubre de 1468 murió Segismundo Malatesta sin dejar herederos legítimos; y así Paulo II reclamó con todo derecho á Rimini, fundándose en los tratados; á pesar de lo cual, la viuda de Segismundo, Isotta, tomó el gobierno de dicha ciudad. Roberto Malatesta, que se hallaba presente entonces en Roma, prometió al Papa, por escrito y con juramento, que le entregaría á Rimini (3), y obtuvo el encargo de tomar posesión de la ciudad para la Santa Sede. Pero apenas hubo logrado, con el auxilio de los moradores de Rimini y con los recursos pecuniarios recibidos de Paulo II, librarse de la guarnición veneciana y apoderarse de la ciudad y de su ciudadela, cuando declaró al Papa que no se consideraba obligado por la promesa hecha. Su atrevimiento pudo llegar hasta tal extremo, porque había ajustado una secreta alianza con el rey de Nápoles.

(1) Jacobus Trottus en una \*Carta, fechada en Roma á 28 de Oct. de 1468, refiere lo siguiente: \*Il papa ha molto ben forniti de fanti quelli suoi luoghi de confine dove el dubitava del Re». *Archivo público de Mantua*. Cf. además Contatore 239-240. Sobre la actitud de los cardenales respecto de Ferrante cf. arriba p. 116. En una relación de 28 de Marzo de 1468, publicada por Lamansky 765, Blanchus refiere, que Bessarión trabajaba en favor de los Venecianos. Sobre las pretensiones de Ferrante cf. Chron. Eugub. 1016.

(2) Platina 774, 791. Ammanati, Comment. 368 s. Canensius 83-88. Theiner, Cod. 456-458. Los gastos del material de guerra para la conquista del castrum Tolphe están registrados en el \*Lib. III. Bullet. Pauli II, todavía en Agosto de 1468. *Archivo público de Roma*. Cf. Gottlob, Cam. Ap. 282.

(3) Más tarde, el 16 de Junio de 1469, el Papa enviaba una copia de esta promesa al rey de Nápoles, al duque de Milán, como también á los Florentinos. Los *Archivos públicos de Venecia y Florencia* conservan copia de estas \*cartas, que eran todas del mismo tenor.

Paulo II, enojado por tan grande felonía, reunió tropas para emprender una guerra, en la cual se vió poco después envuelta casi toda Italia (1).

Esta era la situación de la Península italiana, cuando el emperador Federico III se resolvió á emprender la peregrinación á Roma, que había prometido en 1462, cuando se vió bloqueado en la ciudadela de Viena, y que había venido difiriendo con repetidas causas (2). No traía el Emperador grande comitiva: catorce príncipes y condes y muchos caballeros; en total unos 700 jinetes, todos los cuales venían con negras vestiduras por el luto de la Emperatriz (3).

Lo propio que seis años antes, se dirigió Federico III por Treviso y Padua, donde los enviados de Venecia le ofrecieron sus homenajes (4), á Rovigo y luego á Ferrara. En Francolino, junto al Po, cumplimentó Borso de Este á su augusto huésped (5), y desde Ferrara se continuó el viaje por Ravenna, siguiendo la costa, hasta el santuario de Loreto (6). Roberto Malatesta, movido de desconfianza, cerró al Emperador las puertas de Rímini, y Federico tuvo que hacer un rodeo, en el cual se vió obligado, á causa de lo pantanoso del terreno, á aproximarse de nuevo á la ciudad. Los moradores de ella corrieron armados á los muros y no se apartaron de allí hasta que los romeros hubieron desaparecido en lontananza (7). Todavía más duro fué lo que hubo de sufrir luego

(1) Gregorovius VII<sup>o</sup>, 220 s. Sugenheim 342. Lilius, Hist. di Camerino II, 215. Ugolini I, 485 s. Tonini V, 325 s. Yriarte 341 ss.

(2) Sobre el aplazamiento del viaje cf. además de Lichnowsky VII, 113 también Trinchera, I, 106, donde hay una carta del rey de Nápoles de 8 de Abril de 1467. Pero ya en 16 de Febrero de 1467 anunciaba J. P. Arrivabenus: \*La venuta del imperatore da octo di in qua se fa piu dubia che prima\*. *Archivo Gonzaga*.

(3) Gesch. W. v. Schaumburg 7 y Graziani 641. \*Lando Ferretti, Storia d'Ancona (el manuscrito original se halla en el Cod. H. III, 70 de la *Bibl. Chigi de Roma*) f. 304 refiere que el séquito del emperador se componía de «sei cento cavalli ben guarniti et molto all' ordine», el Diario Ferrar. 215 y Canensius 88 sólo habla de 500.

(4) V. en el apéndice n.º 90, la Carta de Tomaso Soderini de 29 de Nov. de 1468. *Archivo público de Florencia*.

(5) Sobre los honores tributados al Emperador en Ferrara, v. Diario Ferrar. loc. cit.; Cronica di Bologna 776; Annal. Bonon. 897. Cf. Pezzana III, 309.

(6) El 18 de Dic., Federico III estaba en Ancona. Cf. Ciavarini I, 186 (v. Pezzana III, 309) y \*L. Ferretti loc. cit.

(7) Tonini V, 329, donde hay que leer 1468 en vez de 1464.

el Emperador, que con tan pequeña fuerza se había presentado, de los enviados del duque Galeazzo María Sforza.

La venida del Emperador no dejó de infundir alguna solicitud á Paulo II, el cual, para evitar disturbios en Roma, había tomado las más amplias precauciones, haciendo venir mayores cuerpos de tropas (1). Con especiales breves se mandó á todas las autoridades de los Estados de la Iglesia, que saludaran honoríficamente á Federico III y le hospedaran á costa de la Sede Apostólica (2). El gobernador de la Marca de Ancona acompañó al Emperador hasta Roma, asimismo por orden del Papa (3), y además se diputaron para salir á cumplimentarle cierto número de oficiales pontificios (4). Federico llegó á la vista de la capital del mundo la víspera de Navidad. Desde Otricoli hasta Castell Valcha, había hecho el viaje por el Tiber, y allí encontró á los cardenales Estouteville y Piccolomini, que lo estaban esperando con numeroso séquito (5).

Al llegar á la Ciudad eterna por el Ponte Molle, saludaron al Emperador, por orden del Papa, el Vicecamerario, el Prefecto de la Ciudad, los conservadores y los demás magistrados de ella y la nobleza romana. En la puerta del Popolo aguardaba, ya hacía mucho tiempo, el Sacro Colegio; y en general, todo el orden de la entrada, menudamente determinado por el Papa, se alteró por la tardía llegada de Federico (6). En la mencionada puerta pronunció un discurso Bessarión; y él y el cardenal Estouteville, tomaron luego en medio al Emperador, prosiguiendo la cabalgata por el Corso, festivamente adornado, y dirigiéndose en primer lugar á San Marcos. El Emperador, vestido de negro, cabalgaba con los cardenales bajo un baldaquino de damasco de seda blanco bordado de oro y adornado con las armas pontificias é imperiales; y uno de los de la comitiva de Federico calcula en unas 3.000 el número de las antorchas que acompañaban la cabalgata (7).

(1) Chronic. Eugub. 1016; Platina 785 y \*Relación de J. P. Arrivabenus de 26 de Dic. de 1468. *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. apéndice n.º 91.

(2) \*Breve á «Joh. Bapt. de Sabellis notario nostro civit. nostre Bononien. gubernatori», dat. Romae ap. S. Petrum 1468 Dec. 6. *Archivo público de Bolonia*. Bolle e brevi Q. 22. Cf. además Canensius 89.

(3) \*L. Ferretti loc. cit. f. 305. *Bibl. Chigi de Roma*.

(4) V. el Breve de Paulo II al Emperador en Müller II, 320.

(5) \*Relación de J. P. Arrivabenus; v. apéndice n.º 91.

(6) Patritius 207.

(7) Gesch. W. v. Schaumburg 8. Cf. Ammanati, Comment. VII; Storia napolit. 235; Infessura 1141 (ed. Tommasini 71; cf. Arch. d. Soc. Rom. XIII, 503).

Delante de San Pedro salió al encuentro del imperial peregrino la clerecía de la Ciudad, con la cruz y las reliquias; y ya era la quinta hora de la noche, cuando Federico entró en la antigua y venerable basílica. Ante todo se dirigió al sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, donde se le vió arrodillarse «en larga oración». El ceremonial para la entrevista en que debían saludarse los dos Supremos Jefes de la Cristiandad, había sido determinado, hasta los menores detalles, por el Papa, que era muy exacto en estas cosas; y pareció á los contemporáneos tan significativo, para comprender la relación que mediaba entonces entre ambas supremas Potestades, que el Maestro de Ceremonias del Papa, Agustinus Patritius, compuso acerca de esto un propio libro (1).

«Luego que el Emperador vió al Papa sentado en su trono, refiere Patritius, dobló ante él la rodilla y se aproximó á las gradas del solio; y, después de haberse arrodillado por segunda vez, se acercó al Papa y veneró al Vicario de Cristo, besándole el pie. Paulo II miró á Federico con la mayor benevolencia rodeándole con los brazos, y le admitió primero á besarle ambas rodillas, después de lo cual se levantó un poco y le abrazó cariñosamente. Hizole tomar asiento á su derecha, en lugar preferente al de los cardenales. La silla del Emperador tenía respaldo y estaba cubierta con un paño verde entretejido de oro; y el trono pontificio estaba dispuesto de manera que el asiento del Emperador se levantaba á la misma altura de los pies del Papa. Después de terminar las ceremonias en San Pedro, acompañadas con el canto de los Salmos, se dirigió el Emperador «á un hermoso palacio, ataviado y cubierto con paños de oro y preciosas tapicerías, donde debía tener su habitación y aposento; y cada uno de los que seguían á la Majestad Imperial, fué conducido, conforme á su dignidad y estado, á un aposento bien adornado y dispuesto.»

Paolo dello Mastro (ed. Pelaez) 104 y la \*Relación de J. P. Arrivabenus (apéndice n.º 91). *Archivo Gonzaga*. Las expensas ad explanandum et mundandum stratam de Ponte Mollo ad portam populi et... palatium s. Marci están inscritas en el \*Lib. III, Bullet. Pauli II, con la fecha de 29 de Dic. de 1468. *Archivo público de Roma*.

(1) Utilizado primero por Raynald 1469 n. 1 del Cod. F. n. 73 de la *Bibl. Vallicellana*, después impresa según el mismo manuscrito por Mabillon II, 256-272; Pez II, 609-622 y Muratori XXIII, 205 s. Yo he tomado mi cita de la última edición. La narración de Patritius está también en el Cod. Vat. 8090. La Notula hist. de Frid. III imp. Romam 1469 visitante que hay en el Cod. 4455, f. 366 de la *Bibl. Imperial de Viena*, no trae nada interesante para nosotros.

La fiesta de la Noche Buena se celebró con gran magnificencia en la antigua capilla del Palacio Vaticano (1), y en ella el Emperador recibió del Papa una espada y un sombrero bendecidos. En la entrega ocurrió un accidente en que mostró Federico III la conciencia que tenía de su dignidad imperial, insistiendo en que se cambiara el ceremonial, procedente de la época de Aviñón, en el cual no se guardaban todas las consideraciones al Emperador debidas. Conforme á esto, cantó la séptima Lección en vez de la quinta, con el ceremonial siguiente: el Emperador se levantó del trono donde estaba sentado, junto al Papa, pero un poco más bajo que él; con auxilio de los cardenales diáconos le vistieron una túnica de lino, sobre la cual le pusieron en el hombro izquierdo una estola, que, según lo acostumbra los diáconos, se cruzaba debajo del hombro derecho. Cuando, después de esto, cubrieron al Emperador con el manto blanco (pluvial), dirigiendo la abertura al hombro derecho, se lo defendió Federico III, el cual la volvió á la parte anterior de su pecho, diciendo que los emperadores llevaban la estola y el pluvial á la manera de los sacerdotes, como estaba grabado en el gran sello imperial. Cuando luego quisieron ceñir al Emperador la espada bendecida, tampoco lo sufrió Federico, quien mandó que se entregara la espada á su paje de armas y el sombrero á otro de los presentes. Hecho esto, se fué, con la cabeza descubierta, delante del trono del Papa, tomó la espada de manos de su armígero, y la vibró tres veces con fuerza, en señal de que estaba dispuesto á defender varonilmente á la Iglesia (2). Después del ofertorio se incensó primero al Papa y luego al Emperador, y Federico recibió del mismo Paulo II el beso de paz, después de haber recibido de sus manos la sagrada Comunión. El supremo Jerarca de la Iglesia dió el Santísimo Sacramento al Emperador, al Diácono y al Subdiácono, sólo bajo la especie del pan, y solamente el Papa recibió el sagrado Sanguis, por más que hubiera sido antes costumbre, en semejantes casos, hacer partícipe de él á todos los que con el Papa comulgaban; pero esta vez, en consideración

(1) Cf. Steinmann 121 s.

(2) Así lo refiere Patritius; v. Modern, *Geweihte Schwerter y Hüte* en las *kunsthistor. Sammlungen des allerh. Kaiserhauses*, Wien 1901, 134 s. Cf. también la Relación de W. v. Schaumburg (8) quien con maliciosa exageración fija el valor del sombrero en 8000 ducados. El emperador estaba aposentado en la misma parte del palacio que en 1452. Patritius 209.

á la herejía de los husitas, se prescindió de la antigua costumbre (1).

Terminada la santa Misa, los dos Jefes de la Cristiandad veneraron el Santo Sudario de la Verónica, después de lo cual siguió la solemne bendición del Papa y la promulgación de una indulgencia plenaria. A la forma usual se añadió la siguiente cláusula: «y por nuestro Emperador Federico, para que Dios Nuestro Señor le conceda la victoria sobre los herejes bohemios, los turcos y los demás enemigos del nombre cristiano».

Lo propio que en esta solemnidad, mostró Federico III al Papa, en los siguientes días, la mayor reverencia y sumisión. Cuando Paulo II le devolvió la visita, acompañóle el Emperador de nuevo hasta su aposento, y cuando en la víspera de Año nuevo salió con él de Letrán, apresuróse Federico á ir á tenerle el estribo; pero el Papa declaró, sin embargo, que no lo consentía y que no montaría hasta que el Emperador le hubiese dispensado á él y á sí mismo de la prestación de este servicio. «La afabilidad del Papa, dice Patritius, se estimó tanto más, cuanto el prestigio del Pontificado no es menor que en los pasados tiempos, al paso que su poder es mucho más importante; pues Dios ha ordenado las cosas de manera, que la Iglesia romana, por la buena industria de los papas, principalmente del propio Paulo, haya aumentado tanto en riqueza y poderío que puede sostener muy bien el parangón con los mayores reinos. Por el contrario, el señorío del Emperador romano se halla en tan profundo caimiento que no queda de él otra cosa que el nombre. En esta mudanza de las cosas se ha de estimar mucho aun la más mínima muestra de consideración.» En lo que sigue, hace luego resaltar el Maestro de Ceremonias, de qué manera el Papa había tributado al Emperador todas aquellas muestras de cortesía que usan en el trato mutuo las personas de un mismo rango (2).

Fué un grande espectáculo para los romanos el acto de armar caballeros el Emperador, en el puente del Tíber y en presencia del Papa, á 125 alemanes; y allí fué también donde Federico III

(1) Patritius 212. Cf. Ammanati loc. cit. La apología de Heimburg, publicada por Palacky, *Urkundl. Beitr.* 657 demuestra que era fundada la precaución del Papa.

(2) Patritius 215-216. Cf. Canensius 89 y la \*Relación de J. P. Arrivabenus de 26 de Dic. de 1468. *Archivo Gonzaga*. V. apéndice n.º 91. Sobre la visita al palacio del Laterán v. Rohault 251 s. 500 s. 502.

declaró á Galeazzo María Sforza privado del ducado de Milán. Ya antes había el Emperador negado una audiencia á los embajadores milaneses, porque consideraba Milán como perteneciente al Imperio; sobre lo cual parece que los embajadores tuvieron el atrevimiento de hacer decir á Su Majestad, que el padre de su Señor había adquirido el Ducado con la espada, y que el hijo esperaba que se lo quitaran por manera semejante (1).

Las negociaciones de Federico con el Papa versaron, en primer lugar, acerca de la guerra contra los turcos y los husitas. Ya cuatro días después de Navidad, se deliberó sobre esto en un consistorio público, donde el Emperador hizo declarar por el orador que hablaba en su nombre: que él había venido á visitar al Padre de la Cristiandad, no sólo en virtud de su voto, sino también por causa del bien público, para escuchar sus consejos y los medios de ocurrir al peligro de los turcos. Después de esto hizo Paulo II exponer los esfuerzos que hasta entonces había hecho la Santa Sede por aquel noble fin; y declarar que, por su parte, todo estaba exhausto y que era ahora obligación del Emperador el aconsejar y el obrar; y habiendo Federico manifestado entonces, que no había venido á dar consejos, sino á recibirlos, repitió el Papa lo mismo que ya había dicho. Luego se entró Federico con sus consejeros y los embajadores que se hallaban presentes, en una sala vecina, para considerar el negocio maduramente, y permaneció allí durante una hora; y como resultado de esta deliberación, propuso entonces que debía celebrarse en Constanza una asamblea general, en presencia del Emperador y del Papa. Más adelante, refiere Ammanati, los más de los que solían considerar el estado en que se hallaban entonces las cosas, pusieron en duda si aquel consejo había salido del Emperador, que por ventura trataba de demostrar su celo por la fe, ó más bien de la astucia política de los venecianos. Pero el Papa estuvo de acuerdo con los cardenales sobre que el presente estado de cosas no exigía semejante asamblea, de la cual más bien disuadían anteriores acaecimientos. Finalmente se convino en que los delegados de todos los príncipes cristianos fueran invitados, en nombre de ambos Jefes de la Cristiandad, para un congreso que se reuniría en Roma en Septiembre, y que se permitiría á los venecianos la imposición

(1) Canensius 90. *Chron. Eugub.* 1017. *Platina* 785. *Gesch. W. v. Schaumburg* 9. Cf. Adinolfi I, 16-17.